



**JORNADA DE LA PAZ 1983**

**COMENTARIO DESDE LA REALIDAD  
SALVADOREÑA AL MENSAJE DE  
JUAN PABLO II PARA LA JORNADA  
DE LA PAZ.**

**Pbro. JESUS DELGADO**

San Salvador, Enero de 1983

# Comentario desde la realidad Salvadoreña al mensaje de Juan Pablo II para la jornada de la Paz. Enero de 1983.

Pbro. Jesús Delgado

## 1.—Introducción

Juan Pablo II, en el sillaje de la tradición de la Iglesia Católica, hace suya, con el documento del **Diálogo por la Paz una urgencia para nuestro tiempo**, la preocupación de muchos de sus predecesores por la cuestión de la paz.

Arrancando con Pío XII quien, entre otras ocasiones, declaró que “no es por las armas, ni con los masacres, ni con la ruina de la civilización que se van a resolver los problemas que oponen a los hombres entre sí, sino con la razón, el derecho, la prudencia y la equidad” (Laetetur admodum DC. 1958, 1978-79). Pasando por Juan XXIII que estampó en la “Pacem in Terris” estas célebres frases: “puede suceder y sucede de hecho que las comunidades políticas entran en conflictos por rivalidades de intereses, estos conflictos sin embargo, no se solventan ni por la fuerza de las armas, ni por el fraude y el engaño, sino como conviene a los hombres, gracias al mutuo entendimiento, por una estimación objetiva de los datos y mediante un compromiso equitativo” (No. 93). Desembocando en Pablo VI, que en su “Ecclesiam suam” expone magistralmente la grandeza del diálogo como aportación genuinamente pacífica a la causa de la humanidad.

Juan Pablo II tan profundamente simpatizante del hombre, de sus inestimables e inacabables capacidades por encontrar dentro de las fuerzas de la naturaleza aquellas que en consonancia con su ser racional le engrandezcan, nos ofrece su mensaje de paz, que es una voz de esperanza en medio de la desesperación y un dedo que señala al hombre como el ser en quien debemos centrar los esfuerzos de construcción de este mundo, para que éste se convierta en el hogar de los humanos.

Mi propósito es, como cristiano y salvadoreño, secundar, desde la propia realidad de El Salvador, el llamado a la paz por medio del diálogo, que el Romano Pontífice hace a los hombres del mundo en este año de 1983.

## 2.—Aspiración de los hombres a la paz y al diálogo

No es en verdad difícil corroborar la coincidencia de la aspira-

ción del Papa a la paz con la aspiración de los salvadoreños al mismo don tan deseado. Un pueblo que desde que despierta no tiene otra aspiración que la de trabajar para ganarse el pan de cada día, no puede ser nido de sentimientos perversos y de discordia. Un pueblo que, aunque burlado, siempre ha recurrido a los medios democráticos y pacíficos para resolver sus problemas, no puede ser un pueblo engendro de violencia y de muerte. Tanto más cuanto que su corazón está puesto, con su fe profunda en Dios, en aquellos valores tan altos de humanidad y de religión que le permiten ver con sabiduría y escoger con sensatez los caminos más apropiados para su bienestar.

Pensamiento y acciones de ilustres salvadoreños han sabido plasmar en el libro y en la historia las verdaderas aspiraciones del salvadoreño a la paz. Don Alberto Masferrer formuló con denuedo e impaciencia la necesidad de fundamentar la sociedad salvadoreña sobre aquellos pilares de la paz que son la justicia, la libertad, el amor y la verdad. "Los caminos de la paz", ese "sendero" doloroso que el hombre no ha de recorrer solo sino con la ayuda de los "divinos remedios", es un reto para todo salvadoreño empeñado en hacer de una Patria chica en territorio, una Nación grande en virtudes y en civilización (ver' *Obras Escogidas*. Ed. Universitaria. Tomo I. S. Salv. 1971. Pág. 493).

La obra fecunda de Alberto Masferrer ha contribuido grandemente a la causa de la paz en nuestra tierra. Y no menos lo ha sido la obra educadora de un Camilo Campos, el ilustre pedagogo, el hombre parco para la pluma pero pródigo en consejos sabios con los que supo desentrañar del corazón de los salvadoreños las "Normas Supremas" de la civilización. "No guerrearás" es una de esas normas. "Bastan 101 años de guerras, de revoluciones, de bochinches. Para estancarse, para envilecerse, para destruirse es mucho... Y este precepto abarca toda agresión material y abstracta. No meterás sizaña. No sembrarás discordia. No motivarás odio" (Ver: ob. c. Ministerio de Educación. S. Salv. 1976. Pág. 29. 30) Camilo Campos ennobleció la obra del Maestro de Escuela considerándola como la obra de paz por excelencia: "Cada palabra del Maestro es una redención... cuando el Maestro de Escuela muere, la libertad, la justicia, la verdad, el amor, la belleza pierden el impulso generador y luz de redención" (ob. c. Pág. 97. 98). Frente a la condena de la lucha bélica, el gran pedagogo exaltó la palabra que nos permite razonar y dialogar.

¿Y qué decir de tantos salvadoreños insignes por sus intervenciones en cuestiones internacionales de derecho, que han favorecido la obra de la paz en el mundo entero y en nuestros países centroamericanos? El Dr. José Francisco Guerrero, que desde la famosa Cor-

te Internacional de Justicia en la Haya aportó como salvadoreño, para el mundo entero, la contribución de los salvadoreños amantes de la paz a la solución pacífica de los diferendos que enfrentan naciones entre sí. Su famosa doctrina sobre la no intervención en los Estados y su tenaz postura en favor de la solución pacífica en caso de contiendas, hizo famoso el nombre de este salvadoreño en el mundo entero.

Tenemos también al salvadoreño Dr. Francisco Martínez Suárez que como Ministro del Exterior y como miembro prominente de la Corte Centroamericana de Justicia, con sede en Costa Rica, se esforzó por encontrar soluciones pacíficas a los conflictos que afligían a los pueblos centroamericanos. Como ellos, otros muchos salvadoreños han manifestado a lo largo de la historia las aspiraciones profundas del corazón salvadoreño a la paz de las naciones.

Por su parte, la Iglesia ha dado a nuestra historia hombres insignes que desde el solio del Arzobispado, como un Belloso, un Pérez y Aguilar, un Chávez y González han sabido aportar con su presencia moral pacificadora la palabra sabia, el consejo apropiado a la solución pacífica de conflictos internos. Más recientemente, el Arzobispo Oscar Arnulfo Romero no contentándose con una mera mediación ocasional para circunstancias ocasionales, puso el dedo de la paz en la llaga de la violencia, develando la causa del mal y aportando el remedio apropiado. Debemos esperar un tiempo prudencial para que cuando el apasionamiento de muchos haya pasado, se sepa apreciar el inestimable aporte de este gran Arzobispo a la obra de la paz para la historia de este caro país que es el nuestro.

Los Partidos Políticos, que son expresión política de la voluntad del pueblo que representan, también han manifestado en sus respectivos documentos de identificación política, la voluntad de paz de los salvadoreños. "El camino hacia la paz" (D. H. 4-12-81) sintetiza la "revolución de nuevo signo" que el PDC se ha propuesto como expresión genuina de su pensamiento en cuestión de la paz (D. H. 2-12-81). Y no menos decidida es la voluntad por la paz del PCN tan magníficamente sintetizada en la sentencia que sirve de piedra angular de su pensamiento y acción: "Hacia la justicia social por la conciliación nacional". (D. H. 1-12-81). ¿Y qué decir del joven y no menos pujante partido ARENA? También este partido termina solemnemente su exposición ideológica de partido haciendo una evocación de su voluntad por la paz, el progreso y la libertad (D. H. 2-10-81).

¿Y cómo podía faltar en los saludos y votos de navidad del Presidente provisional de la República la evocación de la paz? Ante una

crisis económica que amenaza a los trabajadores, el Dr. Alvaro Magaña declaró que 1983 sería "el año de la paz y de la reactivación económica" (P. G. 21-12-82). Y ante el deseo de los ciudadanos por un clima de paz que garantice su búsqueda de bienestar, el Presidente de la República enfatizó en su discurso mensaje de Navidad que "en vez de odio" trataremos los salvadoreños 'ante la crisis', poner "paz y respeto a los derechos humanos". (P. G. 24-12-82).

No menos explícita se hace cada día la opinión pública gestada por los medios de comunicación social, hablada y escrita, a pesar todavía del apasionamiento reinante en las opiniones. De un modo u otro, la Prensa se hace portadora de los votos que cada día ganan terreno en el sentido de abordar nuestros problemas por los caminos y con los métodos de la paz. No está sin embargo demás, traer a cuento en esta oportunidad unas palabras célebres de don Alberto Masferrer: "Comprender es liberar. Ser liberados es la aspiración de todas las criaturas. Quien me comprenda me libera. Estamos presos en celdas solitarias y cada uno suspira por salir de su celda y ser acogido en la de su hermano. ¿Pero, cómo, si todo nos separa? El idioma, que es el mejor medio de comunicación, apenas alcanza a expresarnos con plenitud en las cosas más ordinarias de la vida. Tiene que ser así: hemos construido las palabras con nuestra mente y nuestro corazón ya distanciados de la mente y del corazón de los demás; y por eso, cada uno encuentra en ellas significaciones diferentes y hasta contrarios. ¿Acaso, cuando digo paz, suscito la misma impresión en todos los que leen esa palabra? No. Los pacíficos la sienten en un grado; los indiferentes, en otro no menor; los belicosos, no la sienten en ninguna manera; los sanguinarios sentirán que es una palabra falsa y dañina y al oírla, se suscitará en ellos el deseo de la contienda" (ob. c. Pág. 501-502).

Más recientemente, en nuestra historia, podemos evocar actos palpables que traducen, dentro de los errores humanos, la voluntad de los salvadoreños por encontrar caminos de paz para la solución a nuestros problemas. El ya famoso golpe de Estado incruento del 15 de octubre de 1979 quiso ser un intento, todavía vacilante y comedido, por remediar los males sociales, que estaban empujando irremediablemente a los salvadoreños a un enfrentamiento civil de graves consecuencias. El apasionamiento, la exasperación y una cierta carencia de sentido y apreciación de la realidad obligó a algunos a empuñar las armas a pesar de todo, y a pesar de la posibilidad de diálogo que se les abría. Pero nunca es tarde para remediar los males. Los salvadoreños, que sabemos esperar y perdonar, vemos con mucha esperanza que el FDR-FMLN se haya decidido a tomar esta vez

por su cuenta, la iniciativa de un diálogo para la paz. Con sumo interés vemos también que quienes propusieron el diálogo anteriormente y lo vieron rechazado, no cobran ahora posturas machistas. Con consuelo, vemos los salvadoreños que cada día gana el sentido del bien común sobre miras de grupos y de gremios. Con bastante optimismo sabremos esperar a que los pocos aún contrariados y que se oponen al diálogo, más por sospechas que con razones, se vayan abriendo poco a poco hacia esta posibilidad, con la cual nada se pierde y todo se puede ganar para todos los salvadoreños.

### 3.—La experiencia del pasado demuestra la importancia del diálogo

La experiencia histórica de nuestra Patria y de nuestra tierra demuestra cómo desde un principio nuestros aborígenes comprendieron la importancia de un entendimiento mutuo para superar las contiendas y los enfrentamientos inútiles. En los albores mismos de nuestra historia, el gran Atlacatl tendió la mano de paz a los españoles conquistadores. Pero éstos, acostumbrados a confundir victoria con doblegación del enemigo y acostumbrados a tener al indígena como enemigo y nunca como amigo, traicionaron la oferta de paz de los indígenas y provocaron una de las más sangrientas páginas de nuestra historia, cuando apenas empezaba ésta a escribirse.

Pero, poco a poco, la fusión de la sangre pacifista del indígena uniéndose con la sangre guerrera del español, fue ganándole terreno al espíritu bélico de los conquistadores. Y así, nuestra historia registra páginas célebres de prominentes militares salvadoreños que, sin opacar en lo más mínimo la grandeza de valentía militar, supieron sin embargo crecer en la voluntad de paz, sin dejar de empuñar el fusil. Así, y a pesar de lo tan criticado que fue en materia política, el General Manuel José Arce ha dejado plasmado en su libro **Memoria**, su continua y firme voluntad por evitar el derramamiento inútil de sangre hermana salvadoreña y centroamericana (ver ob. c. Colección Historia 4. Min. de Cultura. San Salv. 1959). El General Prefería gastar todos los cartuchos de la armonía y de la prudencia para evitar enfrentamientos violentos (ob. c. Pág. 87). Su fe en la práctica de las leyes le hizo escribir que “solamente de ellas y nunca de las armas debíamos confiar” (ob. c. Pág. 99). Caballeroso, Arce sabía olvidar y perdonar al enemigo siempre que éste diera muestras evidentes de adoptar los caminos de la paz. Tal fue el caso con el “Jefe Raoul”, tan severamente criticado por Arce, pero a quien le abrió toda posibilidad de diálogo, cuando dio muestras de interesarse por la paz. (ob. c. Pág. 136). Reconoce Arce que más de alguna vez cometió el error de escuchar propuestas de paz por parte de hom-

bres que creían más en las armas y menos en la palabra y en las leyes; pero nunca se arrepintió de haber dado una posibilidad real a las propuestas de paz y de negociación que se hicieran, aún de parte de aquellos de quienes había sobrada razón para creer que no abandonarían su confianza absoluta en las armas (ob. c. Pág. 138).

No menos aleccionadora es la página de la historia escrita por otro gran militar, el Capitán General Gerardo Barrios, en 1857 (ver: Italo López V., **Gerardo Barrios y su tiempo**. Ministerio de Cultura. Tomo I, S. Salv. 1967. Pág. 255 sg.) Mal informado como estaba el entonces Presidente Rafael Campo, ostigado por intrigas de sus asesores y consejeros, condenó al Capitán General injustamente y le obligó a un enfrentamiento bélico. Pero Gerardo Barrios buscó hasta el último minuto evitar un enfrentamiento que costaría sangre de hermanos salvadoreños en aras de las intrigas de unos pocos ambiciosos de poder. Tal fue su voluntad y así se sometió a los consejos que le dio el gran mediador en la cuestión que fue don José María de San Martín. El buen sentido pudo más que el machismo y la falsa hidalguía. El Capitán General Gerardo Barrios ganó tanto prestigio para la historia con este acto de paz, como por sus más brillantes victorias en el campo de batalla.

Y no menos gloriosa fue la página escrita, también para la historia de las gestiones pacíficas, por la decisión del General Francisco Menéndez, en 1885. (ver **Homenaje a Francisco Menéndez**! Elaborado por Francisco Gavidia. Gráf. Cisneros. S. Salv. 1942, Cap. IV). Aún sabiendo el apoyo popular que tenía, el General, poseedor de una fuerza de choque impresionante, no quiso sin embargo comprometer la sangre de hermanos en una guerra, que esperaba poder evitar para el bien de todos los salvadoreños, mediante la negociación, el diálogo y los caminos de la paz. Cosa que logró con el "convenio de San Andrés", el 18 de junio de 1885.

Podríamos citar otros ejemplos de solución pacífica a enfrentamientos y luchas internas en nuestra Patria. Estos ilustres hombres y sus hechos citados nos bastan para mostrar que, aunque dichas negociaciones iban ciertamente acompañadas de acciones bélicas y ostentación disuasiva de poder, sin embargo la voluntad de los contendientes por encontrar los caminos de negociación fueron lo suficientemente claros como para que la historia califique dichas acciones de verdaderos ejemplos de negociación, de diálogo, de solución pacífica de conflictos y luchas. Solamente, y como lo enfatiza Juan Pablo II, cuando el diálogo no ha tenido lugar verdaderamente o que había sido falseado, desvirtuado o restringido voluntariamente, solamente entonces el violento poder de las armas ha podido apagar al sabio

poder de la palabra y del entendimiento mutuo por la razón. Tal fue el caso por ejemplo, de la frustrada negociación de paz de Jutiapa, en febrero de 1828, frustrada según juicio de Manuel Montúfar, "por los enemigos de la paz" (ver: **Memorias**. Ed. 4. Guatemala 1943. Pág. 122).

#### **4.—El diálogo para la paz, es necesario**

Para mejor valorar la necesidad del diálogo no está demás recordar por qué creyeron necesaria la lucha armada aquellos que llamaron al pueblo a empuñar las armas en 1980, y por qué la creen también necesaria aquellos que, para contrarrestar "al pueblo en armas", se cierran al diálogo y empujan a seguir la guerra.

Hay en esto, como en todo aquello a lo que se mezclan intereses políticos, elementos conscientes (entre ellos los que sirven para vender el producto), y los hay que quedan inconscientes y sólo van apareciendo con el correr de los sucesos. Para quienes llamaron al pueblo a las armas, hay ente todo un compromiso histórico de lucha, del que las organizaciones populares se acreditan la herencia. Hay una convicción de que el pueblo no ha buscado la violencia sino que se la han impuesto. Y a ésta se añade otra convicción de hecho: que no le queda al pueblo más otro recurso que responder con las mismas armas de la violencia a los que solamente entienden con la violencia. A la guerra de "contrainsurgencia" que persigue ahogar los justos anhelos y reivindicaciones populares, se pretende responder con la guerra "de revolución" para dar al pueblo pan, cultura, trabajo, sus derechos, su libertad, su autodeterminación. Frente a una promesa de "paz" que solamente enmascara hechos de violencia y represión, se llama a una violencia que tenga como objetivo una verdadera paz. En suma, la revolución popular, no como acto de venganza sino como acto de justicia, aparece como la única opción posible y necesaria dentro de las circunstancias de violencia y de injusticia que se ha impuesto al pueblo salvadoreño (ver: Manifiesto del Partido Comunista de El Salvador, de las FPL y de las FARN; en, ECA 375/376. Pág. 133 sg.)

Quienes alientan la continuación de la guerra, con un rechazo rotundo del diálogo y de la negociación, esgrimen el argumento de la manifestación popular en las votaciones del 28 de marzo de 1982, que la interpretan, lógicamente, como voluntad del pueblo para seguir la guerra "contra aquellos que están destrozando a nuestra Patria". Persisten en seguir la guerra para demostrar al mundo que aquí en El Salvador sabemos vencer y doblegar a los agentes de la Habana y de Moscú, lo que se convertiría en una lección positiva

para toda la América Latina. Hay que seguir la guerra de exterminio de elementos terroristas cuyo único cometido es implantar en nuestro país un régimen político totalitario, marxista y leninista (ver: Moción de Diputados de ARENA a la Asamblea Constituyente; en ECA 409, Pág. 1051).

A partir de esas "razones", con las que tratan de justificar la necesidad de la guerra y de la lucha armada, no es difícil concluir a la necesidad del diálogo. Ante todo porque cada bando trata de razonar su opción bélica. Esto conlleva la necesidad de establecer con claridad la veracidad de las justificaciones que cada uno esgrime. Y esto no se consigue sino intercambiando opiniones, en un ambiente en el que el lenguaje no sea de demagogia propagandística para exaltar ánimos y cegar más la mente con miras a la opción establecida, sino con la voluntad política de restablecer el clima de amistad, políticamente existente antes de la ruptura de la misma provocada por la guerra civil. Es innegable que social y humanamente hablando reina un ambiente de enemistad entre diversas capas de los salvadoreños, enemistad provocada por la situación social y económica injusta. Pero mientras no se declara una guerra, persiste todavía la amistad política, que posibilita el encuentro de las partes en oposición para razonar. Cuando existe el conflicto, entonces el diálogo es un esfuerzo por recrear el clima de amistad política.

Ambos bandos reconocen la guerra como un medio para resolver un diferendo, pero ambos reconocen de un modo u otro que es el peor de los medios, al que se recurre en extrema necesidad. Y si bien es cierto que uno de los bandos recurre a ella para reivindicar los derechos del pueblo, el otro en cambio para salvar la honorabilidad de un pueblo que cree en la democracia, ambos pretenden preocuparse del mismo pueblo salvadoreño. Esto urge a un encuentro personal de dichos bandos para aclarar convergencias y buscar una plataforma común, que les posibilite hacer realidad sus proyectos, en lugar de convertirlos en meras utopías en un clima de violencia y de balas.

Quienes recurrieron al medio irracional de las armas para resolver problemas que solamente el hombre puede resolver, es decir mediante la racionalidad, han dado muestras hoy, por propuesta de diálogo, que desean volver a un punto de necesaria racionalidad. Los que hicieron uso de la racionalidad de las elecciones están llamados a ser consecuentes con dicha opción racional dejando de apoyar la puesta en práctica de medios irracionales como es la guerra. Este retorno a la racionalidad es otra convergencia que urge al diálogo.

Si los que mantienen la necesidad de seguir la guerra lo ven como un medio de protección al Estado de Derecho, entonces lógicamente dicha voluntad no puede tener otro objetivo que no sea la paz. Y si por su parte, los que emprendieron la guerra revolucionaria para restablecer la justicia lo hicieron no con intenciones de obtener una paz "Vae victis", sino de poner fin a las injusticias reinantes y avasalladoras para la inmensa mayoría de los salvadoreños, tenemos entonces que en el fondo de ambos bandos existe la voluntad por la paz,, la cual por su propia definición no es otra cosa que el fin de la guerra. Otro elemento más que urge la necesidad del diálogo.

No hay, en ninguno de los dos bandos que sostienen la necesidad de la guerra, ninguna manifestación de aceptar la guerra como un fin en sí mismo o como voluntad perversa de destrucción de la humanidad, aún cuando dicha guerra vaya acompañada por parte y otra de represiones y ajusticiamientos. Ambos bandos pretenden la reivindicación de derechos: derecho de los salvadoreños a que el sistema económico, político y social les trate como persona humana y no como simples medios de enriquecimiento de unos pocos; derecho de los salvadoreños de darse el sistema político que ellos han demostrado querer, al concurrir a las elecciones. Convergencia que obliga a encontrarse sobre el tapete de la palabra y de la razón para desipar los diferendos que empañan a las profundas convergencias.

Ambos bandos han recurrido y recurren quizá todavía a un lenguaje propagandístico, que funciona como cortina de humo que esconde los verdaderos puntos de convergencia de los mismos. Esto crea en la conciencia del pueblo una ambigüedad. En ningún momento la guerra civil de los salvadoreños no ha logrado lo que presuntamente tiene que lograr la así llamada "guerra racional", es decir, crear una conciencia común en la población, en el sentido de los objetivos que pretende uno u otro bando. Esto se debe en gran parte a que en esta guerra no se perfila ningún vencedor. Lo que contribuye a crear una convicción unánime en el pueblo salvadoreño, en el sentido de que esta lucha ciega tiene que terminar lo más pronto posible. Y si la lucha misma no hace más que prolongar la lucha, es necesario buscar el diálogo.

Hay un punto de mucha divergencia dentro de una convergencia clara, que aparentemente hace difícil el diálogo pero, en cambio, lo hace más urgente y necesario. Y es que, en el devenir y en la evolución del enfrentamiento bélico de los salvadoreños, el poder político se ha venido imponiendo sobre el poder meramente militar. En esto hay convergencia: por una parte el FDR ha arrastrado al FMLN hacia la racionalidad, al ponerse de acuerdo en la búsqueda de una solución pacífica al conflicto. Por otra parte, ARENA ha monopoli-

zado la fuerza política de endurecimiento, en el sentido de mantener la guerra. Pero, mientras un bando trata de poner fin a la guerra, el otro trata de seguirla con más ahínco. En esto radica la divergencia que exaspera a las fuerzas propiamente militares, porque mientras unos pelean habiendo propuesto el diálogo, otros pelean sin aparente posibilidad de solución pacífica. Ambos bandos pelean bajo una decisión política. Esto significa que la guerra se juega ahora más al nivel político que al nivel militar, con lo cual se hace más urgente el diálogo, puesto que se hace más posible.

En fin, la necesidad del diálogo se impone por el hecho mismo de que la guerra como tal va degenerando paulatinamente hacia un mero confron­te de fuerza militar, de posesión de armas y del mejor uso de ellas. No tendríamos nada en contra de este arte bélico, si no hubiera tanta víctima inocente. Cerca ya de los 40,000, que han sido víctimas de este juego peligroso, sin contar los ya casi más de un millón que sufren, desplazados dentro y fuera de nuestro país. Lo que se presentó al principio como una guerra revolucionaria en favor de los más desfavorecidos, va degenerando en una guerra de mercenarios. Y lo que en un principio pudo haber sido una guerra jurídica, está también degenerando en una guerra hegemónica. Es pues, necesario un encuentro racional entre las fuerzas en contienda, no sólo para recuperar sus razones primeras de lucha, sino para recuperar sencillamente la razón, en tan sombrío y detestable capítulo que están escribiendo en la historia de nuestro país.

Con sobrada razón nos invita el Papa Juan Pablo II a hacer todo par evitar la guerra, tanto más que se está pagando con vidas humanas, con tanto sufrimiento y con tanta desolación y devastación de lo que es necesario para la vida y el desarrollo de los hombres.

##### **5.—El diálogo por la paz es posible**

También aquí tenemos que empezar por preguntarnos por qué fue posible la guerra entre nosotros los salvadoreños.

La base del problema es de índole socio-económico, pero la exacta formulación del mismo no puede menos de ser de índole ética. Por eso me parece oportuno citar algunos vuelos del pensamiento de Monseñor Oscar Romero, en que el Arzobispo mártir sintetizó bastante acertadamente el fondo del problema.

Decía Monseñor Romero desde el púlpito de la esperanza de los pobres: “¿De qué sirven hermosas carreteras y aereopuertos, hermosos edificios de grandes pisos, si no están más que que amasados con sangre de pobres, que no los van a disfrutar?”... “Yo denuncio so-

bre todo, la absolutización de la riqueza. Este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada como un mal absoluto intocable. ¡Y ay del que toque ese alambre de alta tensión! Se quemará"... "Aquí no hay más voz que o callarse y ver en silencio que la matan a su familia o denunciar y esperar también la mismamuerte. ¡Es triste la situación". (Ver: **La voz de los sin voz**. UCA ed. 1986. Pág. 453 s.)

¿Exageraciones de una mente enfermiza? ¿Cuestiones meramente coyunturales? Más bien, problemas reales que viene arrastrando El Salvador, desde que el poder de unos pocos se enseñoreó de este país. Monseñor Luis Chávez y González, que más que profeta fue un sacerdote, y que hacía de los problemas del país un objeto de oración más que de denuncia, señala en sus apuntes personales (AP., documento inédito) la persistencia del mal salvadoreño, que algún día debía explotar. El 25 de septiembre de 1946 escribía: "este pueblo es siempre el sacrificado, al mismo tiempo que es el más trabajador. Ojalá que se susciten líderes que conduzcan, conscientes, a nuestro pueblo trabajador, por el camino de la paz y del progreso y a una bien entendida justicia social". El 1 de enero de 1947 escribió esta oración: "Oh Dios, acelera el día de la paz, para que los hombres que mueren hoy de hambre, sed y frío y miseria se les haga justicia. Que los gobernantes cumplan sus deberes. Nuestra Señora de la paz dadnos la paz!". El 29 de abril de 1948, en un diálogo con un alto coronel del ejército, le habló de la necesidad de afrontar el problema social: "Le hago ver que el comunismo no se supera a culatazos sino superándolo. El comunismo promete justicia, pero no lo puede dar. Entonces que el Gobierno y las fuerzas vivas del país den efectivamente lo que el comunismo promete sin cumplir". El 11 de noviembre de ese mismo año formula este voto: "Dios quiera que no tengamos que escribir como lo hizo un obispo de Colombia, quien se lamentaba que los ricos no escucharon su voz cuando recios nubarrones se cernían sobre sus frentes y que por no haberlo hecho se vieron más tarde en la dura situación de un levantamiento social. Los ricos liberales cierran demasiado pronto sus oídos".

Con visión de hombre de experiencia, Monseñor Chávez veía ya en 1948 lo que debía suceder en 1980. Uno y otro, estos dos Arzobispos han señalado el ápice del problema: el desprecio que la sociedad salvadoreña ha tenido para el hombre y su desasociado enfermizo por acumular riquezas bajo las apariencias de un pueblo culto. En una palabra, nuestra sociedad salvadoreña ha venido perdiendo el sentido del hombre, acrecentado por la matanza del 32, y ha venido perdiendo los valores éticos de la convivencia: un pueblo moralmente dé-

bil, sin reservas morales para hacer frente a la crisis, a la ambición, a la corrupción, al desprecio del hombre. Ahora bien, la guerra que es un fenómeno brutal, irracional y animalesco, encontró ambiente propicio en la convivencia antiética, inhumana, irracional y viciada de la sociedad salvadoreña.

Pero, tanto Monseñor Chávez, recordamos su famosa carta pastoral "La responsabilidad del laico en el ordenamiento de lo temporal" del 6 de agosto de 1966, como Monseñor Romero con sus cuatro célebres cartas pastorales, han venido inculcando esos valores morales y el compromiso cristiano del hombre salvadoreño por sacar a sus conciudadanos postrados en la miseria, de la injusticia. La Iglesia del Arzobispado de San Salvador, bajo el llamado de estos dos últimos Arzobispos, ha venido trabajando para recuperar la dignidad del hombre salvadoreño, sobre todo del campesino y del obrero, tan despreciados.

Aquí radica precisamente y como muy acertadamente lo apunta Juan Pablo II, el principio de posibilidad de solución al problema de la guerra por los caminos de la paz: en recuperar la confianza en el hombre, "en su capacidad de ser razonable, en su sentido de la justicia, de la equidad, en su posibilidad de amor fraterno y de esperanza, jamás pervertidos del todo para apostar por el recurso del diálogo y su reanudación posible". Y esto, a Dios gracias, ya se está dando paulatinamente en nuestro país. El mismo Monseñor Romero, en su homilía del 18 de febrero de 1979 podía decir estas palabras: "Muchas veces me lo han preguntado aquí en El Salvador: ¿qué podemos hacer? ¿No hay salida para la situación de El Salvador? Y yo, lleno de esperanza y de fe, no sólo con una fe divina sino con una fe humana, creyendo también en los hombres, digo: ¡sí, hay salida!" (ob. c. Pág. 458-459).

Las organizaciones populares, tanto de campesinos como de obreros y estudiantes, han venido demostrando el creciente nivel de conciencia del valor del hombre entre los salvadoreños y la necesidad de darle el puesto que se le ha negado. Grandes escritores y pensadores salvadoreños, como los anteriormente citados, han cuajado sus escritos de esta conciencia de humanidad y de racionalidad. Entre los hombres de negocio, jóvenes industriales y también terratenientes, se ha ido despertando una conciencia social más inclinada a favorecer al hombre salvadoreño abandonado y despreciado. Las Fuerzas Armadas, con todas las limitaciones que se les puede achacar, por el golpe de Estado incruento de 1979 han demostrado la voluntad y esto es muy revelador, de interesarse por sanear el ambiente político, económico y social, por arrancar la corrupción y poner las institucio-

nes gubernamentales al servicio de todo el pueblo salvadoreño sin exclusivismos ni padrinazgos. El nombramiento a la presidencia de la República, para cargo provisional, de un hombre tan sensato como es el Dr. Alvaro Magaña, son todos indicios de que, a pesar de la persistencia de un mal que no se puede borrar de la noche a la mañana de nuestras instituciones y del corazón a veces corrupto de algunos, es posible encontrar el camino para una solución racional y pacífica por medio del diálogo..

Si se llegó al enfrentamiento bélico, es porque carentes de sentido humano, moral y ético, las instituciones del país quisieron reprimir con el asesinato masivo las justas aspiraciones de un pueblo a ser respetado, oído y promovido como hombres y como salvadoreños. Hoy que esas instituciones están siendo saneadas. Hoy que los grupos obstinados en la represión están siendo controlados. Hoy que los mismos grupos de izquierda de reconocido raigambre bélico han convenido en secundar el diálogo como forma pacífica de solución al problema, las posibilidades de solución por la razón y por medio de la palabra se hacen cada vez más reales.

En estos momentos, como bien nos lo dice Juan Pablo II es necesario "no dejarse desanimar por los fracasos reales o aparentes". Dejando las ideologías y las demagogias aparte, es necesario reconocer todas aquellas convergencias reales de los bandos en conflicto para hacer de ello objeto de un verdadero diálogo. Ante los obstáculos que se aparecen en el camino es necesario reanudar una y otra vez el diálogo, hasta recorrer "hasta el extremo este camino, el único camino que lleva a la paz, con todas sus exigencias y condiciones". (Mensaje de Juan Pablo II No. 5).

## **6.—Las virtualidades del verdadero diálogo**

La posibilidad de solución pacífica al problema conflictivo de los salvadoreños se ve todavía más acrecentada por la voluntad de búsqueda que la inmensa mayoría de salvadoreños demuestra en orden a encontrar el camino de la paz. Ya sea por la oración, ya sea por medio de la palabra escrita o hablada, la Iglesia con sus homilias, la CEDES con sus pronunciamientos y directivas, la prensa hablada y escrita, el mismo Gobierno de la República con el famoso Pacto de Apaneca, están demostrando la voluntad política determinada de buscar una salida pacífica, racional y digna del hombre y de la dignidad del Estado, a la situación bélica que nos agobia.

Por su parte, los organismos de izquierda, al ponerse al servicio de la iniciativa política del diálogo por ellos propuesto, están tam-

bien buscando, en modo alguno imponiendo ni dictando, una salida al problema por vías pacíficas. Se puede decir, sin lugar a duda, que hay actualmente entre todos los salvadoreños una verdadera actitud de búsqueda de solución pacífica. La misma Asamblea Constituyente, al no secundar la moción de ARENA para repudiar el diálogo, se ha puesto en actitud de búsqueda y de escucha hacia una posibilidad abierta. El Gobierno de la República y las Fuerzas Armadas, al no rechazar a los miembros de la Iglesia que presentaron la moción de la izquierda al diálogo, están demostrando una actitud abierta de escucha y de interés por soluciones del estilo. Se comprende el sentimiento de reticencia que experimentan todavía algunos ciudadanos salvadoreños invitados a integrar la Comisión de Paz, estipulada por el Pacto de Apaneca. Pero no hay duda que cuando esta Comisión funcione, se habrá abierto un canal más y de suma importancia para la búsqueda seria de soluciones racionales.

La Comisión de Derechos Humanos, que no ha mostrado hasta ahora querer entrar en rivalidad con la Comisión de Derechos Humanos ya existente en El Salvador, es también una garantía seria en la búsqueda de una solución pacífica, puesto que está respondiendo a una de las exigencias que el Papa estipula para un verdadero diálogo, es decir: el respeto a la vida humana, sobre el cual se fundamenta el diálogo.

En suma, tanto por parte del Gobierno de la República cuyas gestiones son conocidas, como por parte del FDR-FMLN cuyas gestiones son menos conocidas, se secunda la línea de lo que el Papa formula en el número 6 de su Mensaje: "la voluntad obstinada de recurrir a todas las fórmulas posibles de negociación, de mediación, de arbitraje, esforzándose siempre para que los factores de acercamiento prevalezcan sobre los de división y de odio". Por supuesto que estas palabras del Papa formulan el ideal, pero los esfuerzos todavía endeble y tímidos que ya se hacen en nuestro país van orientados en esa línea.

Los puntos más difíciles de solventar serán los del respeto a las diferencias y especificidades de estos grupos en contienda.. Sobre todo si los grupos se obstinan en hacer valer dichas diferencias, que a nuestro modo de ver son secundarias si realmente buscan el bien común de los salvadoreños y no intereses foráneos en el área. En el fondo, las convergencias de intereses profundos son más importantes en la cuestión. El diálogo sereno y responsable las irá develando, y con la buena voluntad, los grupos las irán asumiendo con sentido de responsabilidad adulta. Ninguno de los dos grupos debe abdicar ni de su filosofía ni de su ideología, si ello converge a fundar lo que

consideran, y es o puede ser, lo verdadero y justo que buscan. Ambos grupos están llamados a no ser intransigentes en cuestiones que no se ganan por la fuerza del fusil, sino con la fuerza de la historia, de la cultura y del compromiso integral del ciudadano con su Patria con su familia y con la Nación.

### **7.—Obstáculos al diálogo. Los falsos diálogos**

Desafortunadamente, nos vemos enfrentados todavía en nuestra Patria a ciudadanos y grupos de ciudadanos que habiendo hecho su ingreso recientemente en la vida política, abordan todavía con bastante animosidad problemas, que exigen la serenidad de hombres y mujeres de experiencia en cuestiones tan graves como son todas aquellas que atañen al bien de toda la ciudadanía. Cuando estos grupos o individuos tienen acceso con preferencia a los medios de difusión, entonces impresionan y no dejan de crear distorsiones en el ánimo de los ciudadanos. El derecho a decir y publicar lo que piensan y lo que quieren y no quieren, nadie se los discute. Que todavía tengan la fuerza y el poder para no permitir que la balanza se incline hacia el derecho que tienen otros ciudadanos a buscar caminos más racionales de solución a la crisis, puede ser amargo y duro reconocerlo; pero si lo es, hay que hacerle frente con la misma fuerza de la razón.

Esto nos lleva a formular la necesidad de integrar un diálogo al interior de las fuerzas democráticas actualmente vigentes en el país. Porque en caso de conflictos de derechos, es el diálogo al interior mismo de las instituciones lo que permite a los políticos acercarse con ecuanimidad a los que buscan también integrarse al juego de la democracia. Sabemos que los Partidos Políticos están empeñados en dicho diálogo interno, a pesar de las deficiencias que dichos partidos han demostrado a lo largo de los meses que han seguido a las elecciones de marzo del 82.

Sin embargo, desde el momento que un grupo de ciudadanos de cualquier tendencia que sea señalan peligros y deficiencias en alguna proposición política por parte de quienes consideran como enemigos de la Patria, no conviene cerrar el oído. Pero hay que abrir los ojos, porque la mentira y el engaño ideológico son medios a los que se suele recurrir para desvirtuar el diálogo. En todo esto se nos exige el discernimiento para detectar lo que hay de mentira en las acusaciones, lo que hay de "voluntad apriorística de no conceder nada" y lo que hay de cierto en los señalamientos que se hacen a los que proponen el diálogo.

Las acusaciones de aquellos que no quieren ni siquiera oír hablar

de diálogo están muchas veces condicionadas, por no decir viciadas, por un ceñirse estrictamente a la "concepción ultrancista y pasada de moda de la soberanía y de la seguridad del Estado", que se traduce por ideas y prácticas reconocidas por la seguridad nacional. Ya sabemos que esta ideología se ha convertido en ciertos círculos del país en objeto de culto, se le considera como una especie de religión, con la consecuencia de desencadenar como lo hemos constatado en el país, represiones vandálicas, indignas de nuestro tiempo y solamente confesadas como tales en el medioevo.

Más, también es cierto que por parte de los que proponen el diálogo no está ausente la inevitable ambición del poder. No queremos ser ingenuos al denunciar la ambición de poder de quienes luchan en la palestra política. Pero, junto con el Papa, queremos señalar el peligro de desvirtuar el diálogo, falsearlo y obstaculizarlo cuando se hace de la ambición del poder el leitmotiv, la línea de fuerza y de conducta de las gestiones de diálogo.

Sea lo que fuere, aprehensiones de este estilo, tanto de una parte como de otra, no deben detener la marcha de los que quieren buscar con dedicación y empeño los caminos de la paz. Los motivos que mueven a unos y a otros son interesantes pero son los hechos los determinantes en cuestión política. Y en este sentido hay varios hechos: ante todo una apertura del Gobierno de la República y de la Fuerza Armada hacia los problemas sociales del país para buscarles solución dentro del marco de la ley; hay una guerra que está destruyendo la economía y la moral del país; hay una proposición de solución racional y pacífica al conflicto; hay una voluntad por parte del Gobierno para crear canales de acercamiento a la solución racional del conflicto; hay voluntad firmemente demostrada por parte de los combatientes del FMLN de racionalizar la guerra y humanizar el conflicto; hay una Asamblea Constituyente que no quiso rechazar la posibilidad de un diálogo como salida pacífica del conflicto.

Estos son hechos. El resto son meras especulaciones, aprehensiones, con o sin fundamento, pero que no podemos esgrimir como dogmas de fe para impedir u obstaculizar el proceso de búsqueda de solución racional, humana y pacífica, al conflicto bélico de los salvadoreños.

## **8.—El diálogo al nivel nacional**

La conciencia cada día más clara al nivel nacional es, que esta situación tan tensa y de violencia termine lo más pronto posible; no, ciertamente por cualquier medio ni a cualquier precio, sino por los

medios más racionales posibles y al precio de una ganancia para el bien común de los salvadoreños, lo cual implica siempre necesariamente sacrificar intereses y miras de los grupos particulares.

Hay indicios claros de que paulatinamente nos vamos encaminando por un sentido común generalizado hacia posturas que abren la posibilidad de encontrar caminos de solución racional. La sensibilidad tan herida de los salvadoreños se va poco a poco desapasionando. La cordura y el buen sentido van ganando terreno. La expresión de opiniones se va tornando cada día más espontánea, dentro de los resabios de miedo y reticencia que todavía perduran. La voz de la Iglesia, que se ha hecho pregonera no de la gestión de un grupo sino de lo que ha sido siempre la convicción capital de su pensamiento, el diálogo, es escuchado con sumo interés por los que todavía se oponen a esta salida y con mucha esperanza por la mayoría que desea se haga realidad lo más pronto posible.

La oposición a una gestión política en base al diálogo puede que no sea expresión de mala voluntad por parte de algunos. Puede que sea más bien una expresión política, a la cual tienen derecho. Como tal, tiene que ser tenida en cuenta, mientras ella exprese y en tanto que exprese una voluntad política, es decir, que se impone no por la fuerza del número o prestigio o poder de quienes la respaldan, sino por la fuerza de un aporte positivo para el bien común; no por la falacia de simples sospechas, sino por la fuerza de razones fundadas que convencen; no por la violencia de la amenaza y el señalamiento, sino por la clara voluntad de poner término a todo tipo de violencia que coarta la libertad de los ciudadanos.

Ningún bien, de cualquier tipo que sea, aún en el ámbito de lo político, no se gesta sin dificultades, sin sacrificios, sin oposiciones. No hay nada más difícil que poner a todos de acuerdo sobre cuestiones que forzosamente nunca serán del interés de todos. No es posible satisfacer a cada uno, si por eso se entiende "todos": la suma de individuos. Pero es un imperativo político satisfacer la mayoría, que es lo que determina finalmente el valor y el sentido del bien común. Ahora bien, la mayoría, al concurrir a las urnas el 28 de marzo del 82, ha manifestado su voluntad explícita y contundente de recurrir a medios racionales para poner paro a la guerra. No hay nadie en El Salvador, con tres dedos de cordura en la frente, que pueda decir que los salvadoreños fueron a votar el 28 de marzo para que continúe la guerra. Es innegable que muchos pensaron que al ganar las elecciones estarían facultados para dar más impulso a la guerra y terminarla, por la misma violencia de las armas, en el lapso de las seis semanas siguientes. Fue una apreciación. No más. Desmentida ade-

más por las mismas fuerzas políticas que entraron en juego después de las elecciones. Con lo cual, tanto la voluntad popular explicitada en las elecciones, como la voluntad política explicitada en la Asamblea Constituyente concurren al mismo punto: la necesidad de terminar con la guerra por caminos racionales.

Las dificultades a una gestión política en base al diálogo puede que sean reales por parte de aquellos mismos que han hecho una proposición explícita en ese sentido. Hemos citado más arriba un manifiesto de grupos de izquierda ampliamente conocidos por su voluntad guerrera y motivados por la convicción de que el poder no se negocia sino que se gana por la fuerza de las armas. Es de esperar que entre los grupos de izquierda haya desacuerdos y miras particulares sobre diversos puntos de convicciones comunes. Es normal que así sea para grupos vivos conformados por hombres, que luchan además exponiendo sus vidas y la vida de los suyos. Sin embargo, para una gestión de tanta trascendencia como es ésta por ellos propuesta en base al diálogo, es de absoluta necesidad lograr entre ellos una unidad no sólo de opiniones y convicciones, sino de acciones y determinaciones..

Ahora bien, estos grupos han dado muestras claras de poder ponerse de acuerdo y formar unidad, lamentablemente para hacer la guerra. Pero esa experiencia de unidad es ya una base indiscutible sobre la cual se puede esperar que logren también una unidad compacta entre ellos para fines más racionales y humanos, como es el diálogo y la gestión política en base al mismo, para encontrar salida pacífica al impasse sangriento. Es posible que algunos grupos de izquierda apoyen el diálogo con miras de ganar tiempo y poder robustecerse de nuevo militarmente para luego después desencadenar de nuevo la guerra. Son posibilidades no ficticias sino reales en base a experiencias de la historia y a la ideología que algunos de esos grupos esgrimen como dogmas de fe. Pero no hay que olvidar que la fuerza de la democracia prevalece sobre la fuerza de las armas. Guerras ha habido en la historia y ha habido grupos que siempre han creído en la guerra para solucionar los problemas. Las guerras han pasado. Lo único que perdura es la voluntad democrática de los pueblos, que mantienen sus estructuras en base a la ley y a su estricto cumplimiento, como garantía sólidamente establecida de una convivencia pacífica y humana.

No son pues las sospechas, por muy fundadas que sean, las que deben tomar la palabra de decisión en este asunto, aunque se les dé margen para la opinión. Son más bien las convicciones las que tienen que decidir en último término. Y estas convicciones son las siguientes-

...bre por el bien y por la paz es siempre más  
...leas sobre lo que debe ser el mundo y la con-  
...ra parte, la fuerza de la democracia es siem-  
...za de las armas. Basta dar la oportunidad leal  
...mbre a que entre en el juego de la democracia,  
...hombre sediento de guerra se disuada de la nece-  
...ncia. En fin, las experiencias de la historia nos ayu-  
...dantes, pero no pueden paralizarnos en la responsabili-  
... que tenemos de hacer historia con audacia. Debemos re-  
...cabar las lecciones de la historia, pero no debemos asumirlas como  
...sospechas. Las sospechas cohiben. La prudencia de la historia con-  
...vence en el mismo sentido de la historia.

### 9.—Acciones motivadas por la voluntad de diálogo

Hasta aquí hemos esbozado lo que podría ser una actitud de diálogo al nivel nacional. Pasando a terreno más concreto, el de las acciones orientadas por la actitud de diálogo hacia el camino de la paz, podemos señalar las siguientes, sin pretensiones taxativas ni ordenamiento lógico o cronológico

Un primer paso, que ya se ha venido dando en ambos bandos contendientes, es la racionalización y humanización del conflicto. Lo que al principio se desencadenó como un confrontamiento salvaje, cuajado más de cobardía y de venganza que de heroísmo, ha venido ganando en racionalidad. Los ajusticiamientos han cesado prácticamente, la represión tiende a menguar. Los prisioneros de guerra son entregados a la Cruz Roja.

Un segundo paso es hacer de inmediato vigente el derecho de todo hombre a la conservación de su vida. Esto significa, de inmediato, lograr una tregua real de la guerra y controlar todos los grupos paramilitares y escuadrones de la muerte que transitan todavía, desgraciadamente, por las calles y caminos no sólo a la sombra de “la oscuridad de la noche”, sino al amparo de “vidrios polarizados”.

En tercer lugar, es necesario que la estructura democrática del país y sus organismos respectivos se consoliden bajo el cumplimiento exacto de la ley; sanados de corrupción, cumpla cada estamento del Gobierno con la responsabilidad que se les ha encomendado, sin otro miramiento que el servicio al bien común.

En cuarto lugar, es necesario parar de inmediato la acción de sabotaje, para dar una oportunidad real a la economía del país de recuperación material en bien de todos los salvadoreños.

En quinto lugar, es necesario que tod actualmente vigentes demuestren una volunt trabajar en aras del bien común, el cual exige ción particular por aquellos sectores que siem dos y que hoy arrastran el amargo peso de la des bio, del dolor y a veces también, desafortunadamen.

En sexto lugar, es necesario que las facciones de han tomado la iniciativa del diálogo, den manifiestas mu gibles, en sus acciones, de estar plenamente de acuerdo en ello y consecuentes con lo mismo.

En séptimo lugar, es necesario que ambos bandos se sienten a hablar con toda sinceridad y con espíritu de verdad, sobre aquellos tópicos que pueden dar pie a un entendimiento mutuo y que son realmente los puntos de más importancia para empezar un trabajo en común con miras a la reconstrucción de la Patria. Entre esos puntos cabe señalar algunos: la voluntad decidida de impulsar con decisión política y humana los cambios que necesita el país al nivel social, económico y político para dar una mayor protección a los sectores más desprotegidos del país; aceptar sin ambigüedad que el Ejército de la República sea el único garante del cumplimiento de la ley y del respeto del orden público en el país y con ello, la voluntad firme de las Fuerzas Armadas por renovar la moral, el espíritu y la eticidad de esos organismos a modo de protegerlos contra la corrupción; revisar la Constitución política del país en orden a establecer normas claras y seguras con miras a dar a todos los salvadoreños, aún a aquellos que optan por ideologías de izquierda pero tienen convicciones democráticas, la oportunidad real de acceder a puestos de Gobierno, mediante los mecanismos estipulados por la estructura democrática de poder; reconocer lo noble, justo y bueno que pretenden los grupos de izquierda organizados y armados, reconociendo que los errores que ellos han cometido han sido en parte provocados por los cometidos por aquellos que se dicen demócratas y/o de derecha, al no haber conducido la gestión pública en el pasado con miras de servir al pueblo, sino de enriquecer a unos pocos; promulgar amnistía general con excepción de aquellos a quienes se les ha comprobado participar directamente en hechos de sangre garantizar la plena libertad de los que recuperan su libertad y de los que regresan a su Patria después de haber estado en el exilio ya sea impuesto, ya sea voluntario.

Al nivel de la información, es urgente que los medios de comunicación social aduquen a la gente en el sentido del diálogo, de la comprensión mutua, de la reconciliación. Es necesario que incentiven

los deseos de reconstruir la Patria y ayuden a apagar el fuego de rencores, envidias, odios y venganzas.

Es de absoluta necesidad que las Universidades del país incentiven por su parte una investigación seria sobre tópicos que concurren a hacer efectiva la paz en el país, la reconstrucción económica y el acercamiento comprensivo y leal de los grupos otrora separados y confrontados.

Es urgente que la Iglesia aune más sus fuerzas en su interior y con todas las confesiones religiosas cristianas, para dar un servicio más efectivo de orientación humana, cívica y ética, con miras a hacer más expedito el camino y los métodos de la paz.

Al nivel de la escuela y enseñanza media, se hace necesario promover textos de lectura que ayuden a los alumnos a enriquecer no solamente su acervo intelectual sino también su voluntad por la búsqueda de la paz mediante recursos racionales, humanos y nobles.

Toda la ciudadanía salvadoreña y específicamente los cristianos de cualquier confesión que sean, están invitados a interpretar la venida del Papa a El Salvador como la expresión de todos los pueblos civilizados del mundo que desean para nuestro país una pronta recuperación material y espiritual, por medio de un entendimiento mutuo de los salvadoreños por caminos y métodos de la paz.

**QUE LA PAZ DEL SEÑOR ESTE CON NOSOTROS.**

San Salvador, 15 de enero de 1983.